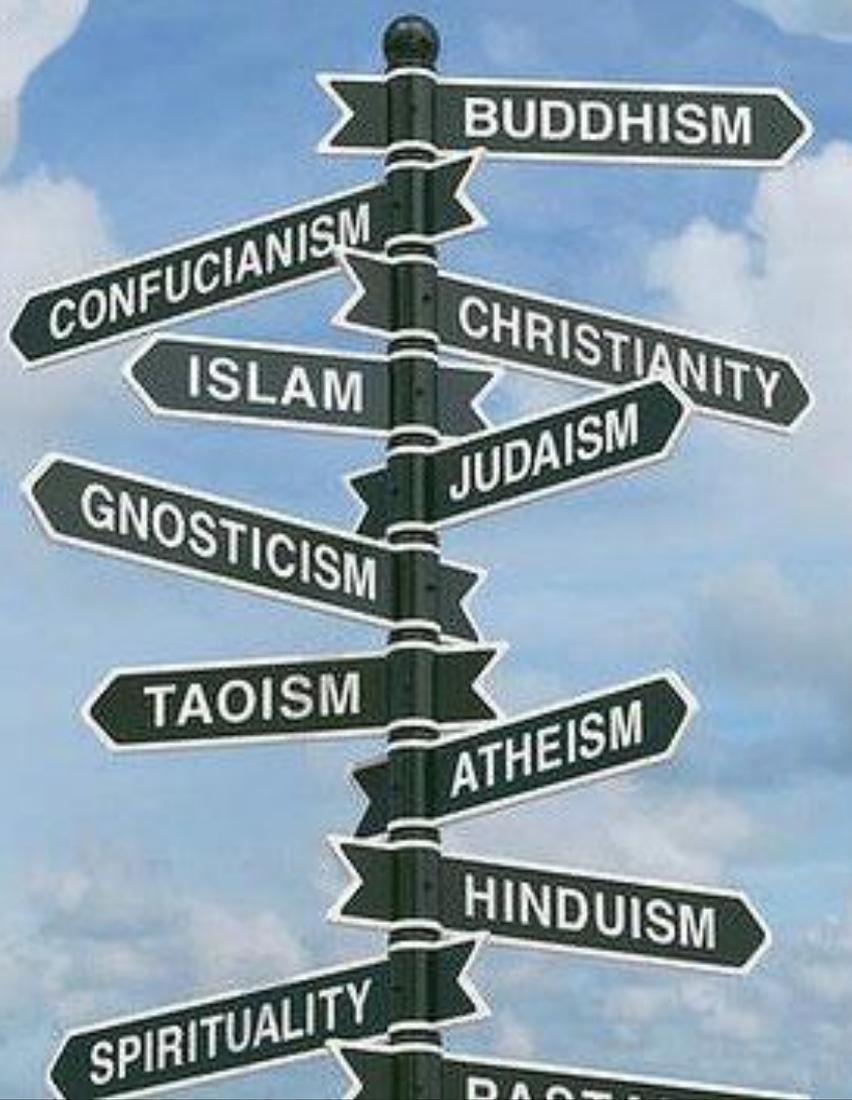


CONTRA las RELIGIONES



CONTRA las RELIGIONES

Carlos Saura Garre

Maestro de Escuela

carlosaura06@gmail.com

---o0o---

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

2017

Ω

DECLARACIÓN.

Desde esta tribuna, y sin menoscabo del respeto que, como personas, debo a los creyentes, acuso a todas las religiones de haber alcanzado, desde hace siglos, un estatuto social privilegiado gracias a su contubernio con el poder político y a las muchedumbres crédulas que las sustentan. Sostengo que no se merecen ese status porque no han aportado nada realmente importante a la humanidad, pero también porque sus creencias son absurdas, están basadas en textos que, en la mayoría de los casos, muestran un desprecio generalizado por la vida humana, y a cuya sombra no solo han tratado de oponerse al desarrollo científico que previene, cura enfermedades y nos dan seguridad y bienestar, sino que, además, han provocado el sufrimiento de miles de criaturas inocentes a lo largo de la Historia y hoy mismo, el siglo XXI. Estas acusaciones adquieren mayor relevancia si tenemos en cuenta que las religiones asignan a esas creencias una autoridad sobrenatural que las sitúa por encima de las leyes humanas, y por ello, no solo pretenden que la gente se organice socialmente según esas leyes “divinas”, sino que cada ser humano ajuste a ellas su conducta privada e íntima.

ÍNDICE

1. Un status social privilegiado	5
2. Una historia de persecuciones y conflictos sang.....	9
3. Inmoralidad y violencia de las tradiciones religiosas..	12
4. Oscurantismo científico	16
5. Los absurdos de las creencias religiosas.....	20
Epílogo.....	22

1.

UN STATUS SOCIAL PRIVILEGIADO

Todos hemos adquirido un extraño respeto que protege con exclusividad a la religión de la crítica normal. ¡Dejemos ya de ser tan condenadamente respetuosos!

(Richard Dawkins. biólogo)

A lo largo de la Historia humana, las religiones han formado parte integrante de la vida social de todas las culturas, y una parte realmente importante, ya que no solo disponían de la aceptación y el respeto incondicional del grupo, sino que la élite gobernante le aseguraba un lugar en las esferas del poder, que han compartido, también, con el estamento militar.

En realidad, esta trilogía ha gobernado el mundo durante siglos y siglos, ya que se apoyaban mutuamente porque los tres se necesitaban. Y ha sido este contubernio el que ha permitido a las religiones disfrutar de los privilegios de un status social elitista, con todo lo que conlleva semejante superioridad: obediencia, respeto, dignidad, reverencia, sumisión, honorabilidad, riqueza, acceso al conocimiento, bienes materiales...

Estoy hablando de las religiones una vez que se han institucionalizado dentro de una cultura determinada. Esta situación de privilegio social, que aún perdura, y con fuerza, en nuestro siglo XXI, no se debe a su bondad intrínseca, de la que carecen, como se ha mostrado tantas veces y se recordará dentro de un instante, sino al hecho de que la naturaleza humana tiene una tendencia muy acusada hacia lo “sobrenatural” (lo que los creyentes interpretan como *nostalgia, necesidad o bús-*

queda de Dios) es decir, lo que, a su juicio, sobrepasa lo que está sujeto a las leyes naturales. Quizás solo se trate de la ancestral fascinación por el poder y el misterio de la propia naturaleza cuando todavía no éramos más que remedos humanos.

El poder ejercido por las religiones durante siglos ha dejado una enorme huella en todos los estratos sociales de todas las culturas, una huella que ha echado raíces tan profundas como para que se hayan establecido dos afirmaciones muy claras y rotundas para todo el mundo, incluidos los incrédulos, los escépticos o los ateos:

- 1) Las creencias religiosas merecen el mayor respeto; y
- 2) Ese respeto debe estar amparado por las leyes.

Estas proposiciones han colocado a las altas jerarquías religiosas al mismo nivel que ministros, jueces, presidentes o representantes de gobierno (en la Edad Media europea, incluso al nivel de los mismos reyes) y de hecho se les trata de igual manera, como cuando un alto cargo religioso hace una visita a otro país, donde se le muestra toda clase de sumisión a nivel político, como vemos casi todos los días.

En la actualidad, estas jerarquías gobiernan numerosas naciones; en unas, directamente, como sucede en muchos países islámicos, en otros como asesores cualificados, y allí donde no se les permite, han creado grupos de presión tan influyentes que los políticos, como sucede en los EE.UU., no tienen más remedio que tenerlos en cuenta a la hora de legislar. Incluso cuando se ha conseguido la separación entre el estado y las religiones, las altas jerarquías religiosas siguen apareciendo públicamente, en actos protocolarios, junto a los gobernantes en numerosos países de Europa, de América o de África, y la creencia en una divinidad providente está incluida nada menos que en la constitución norteamericana, un país en el que jamás podrá ser presidente una persona incrédula.

La situación privilegiada de las religiones no se reduce a esta presencia social abrumadora y a su influencia en todos los ámbitos.

La Iglesia católica, actuando desde el Vaticano como Estado reconocido, ha conseguido establecer tratados, convenios y acuerdos con numerosos países que son verdaderas prerrogativas, bien de carácter económico, fiscal o educativo. La Iglesia ortodoxa sigue ejerciendo su influencia en los países del este de Europa, y las iglesias protestantes, incluso los grupos minoritarios musulmanes en países cristianos, esperan que se les den facilidades para el desarrollo de su religiosidad. Los tres monoteísmos tienen sus propias escuelas dedicadas a la educación religiosa, escuelas que los gobiernos contribuyen a mantener con dinero público. Profesores y sacerdotes reciben ayudas estatales. Los gobiernos se encargan de la conservación de templos y otros edificios de carácter religioso. Todo son parabienes y condescendencia para esas jerarquías.

La pregunta es: ¿Se merecen las instituciones religiosas ese status de privilegio social? Para responder a esta pregunta y puesto que las religiones son numerosas, habría que averiguar, previamente, qué han hecho a lo largo de la Historia en beneficio de la humanidad.

No me refiero a interesarse por la educación (que luego ponen al servicio de su propaganda, por supuesto), o las personas más desprotegidas, algo que han venido haciendo, con mayor o menor interés, durante mucho tiempo. Debido a que hacen gala de un supuesto origen sobrenatural, las religiones podrían estar en condiciones de hacer algo mucho más profundo, como mejorar nuestro insaciable apetito por la apropiación de bienes, honores, poder, autoridad y privilegios, por el bienestar personal, por el estatus, aún a costa de perjudicar a otros; o la doble moral, o los prejuicios, o el fanatismo, las persecuciones, torturas y muertes solo por pensar de modo diferente, el sufrimiento provocado dentro de la propia familia, etc., etc.

¿Qué han hecho las religiones por resolver el problema de la pobreza, por ejemplo? El mismo Jesús, citando las Escrituras antiguas, soslayó el problema afirmando que a los pobres siempre los tendríamos con nosotros. ¿Ha habido en la Historia algún grupo religioso que haya detenido una guerra, o al menos intentara desanimar a los beligerantes o procurado un entendimiento? ⁽¹⁾ No. Por el contrario, han bendecido todas las guerras en nombre de este dios o aquel otro, y sabemos que no han faltado quienes desde el poder religioso las han provocado incluso. ¿Por qué nunca hicieron nada para evitar la sobreexplotación y el expolio de la naturaleza hasta que los movimientos ecologistas han puesto el problema sobre la mesa y están arriesgando incluso sus vidas para evitarlo? ¿Cómo no se les ocurrió proclamar una Declaración de Derechos Humanos antes de la Revolución francesa? ¿Cómo es que nada hicieron para que se fuera abriendo paso la democracia en lugar de adherirse al poder omnímodo de los sistemas monárquicos que han llegado a considerar de origen divino?

Las religiones no han logrado mejorarnos lo más mínimo, ni siquiera con el temor a un agente sobrenatural que puede castigar de modos muy crueles, pero sí han conseguido mostrar nuestro más siniestro reverso, como vamos a ver.

¹ Algún cristiano, llegado aquí, intentará recordarnos lo que hizo el bueno y santo papa León I al detener a Atila cuando invadió Italia, convenciéndole para que se retirara. Esta es la opinión de Próspero de Aquitania, laico pero santo. En realidad, el papa era uno de los tres personajes que hablaron con Atila; los otros dos fueron el prefecto Tigecio y el cónsul Avieno. Y la retirada bien pudo ser porque el emperador Marciano envió tropas al Danubio, y Atila tuvo que volver allá, o porque las hambrunas y epidemias de aquellos tiempos debilitaran a sus tropas.

2.

Una HISTORIA de PERSECUCIONES y CONFLICTOS SANGRIENTOS

“Los hombres nunca obran el mal de una forma tan completa y aclamada como cuando lo hacen movidos por la convicción religiosa”.

Blaise Pascal.

Pascal era un creyente cristiano del siglo XVII. Véase lo que opina actualmente Paul Davies, físico y creyente.

“Demasiado a menudo hemos visto cómo el celo religioso ha conducido a luchas violentas, pervirtiendo el comportamiento normal del hombre y dando rienda suelta a bárbaras crueldades. El genocidio de la población nativa de América del Sur a cargo de los cristianos es uno de los ejemplos más espantosos, pero la historia en general se encuentra repleta de cadáveres de hombres y mujeres muertos a causa de diferencias religiosas. En nuestra misma era presumiblemente ilustrada, el odio religioso sigue produciendo choques en diversas partes del mundo. Es ciertamente paradójico que, si bien la mayor parte de las religiones exaltan las virtudes del amor, la paz y la humildad, son demasiado a menudo el odio, la guerra y la arrogancia lo que caracteriza la historia de las organizaciones religiosas del mundo.

En gran parte de la Europa cristiana el temor de Dios se usó para quemar ancianas acusadas de brujería, un arduo deber que parecía venir impuesto claramente por la Biblia. Los hechos sobre la quema de brujas son suficientemente explícitos. En primer lugar, la fe hizo cometer a personas decentes actos de una brutalidad espeluznante, mostrando como los senti-

mientos humanos naturales de bondad y repulsión ante la crueldad pueden ser y han sido anulados por las creencias religiosas. En segundo lugar, demuestra que es completamente falsa la afirmación de que la religión tiene una base moral absoluta e inmutable.

Por descontado que no todas las personas religiosas son fanáticos. Hoy en día, la inmensa mayoría de los cristianos comparten un sentimiento de repulsa frente a las luchas religiosas y deploran el pasado de la Iglesia y sus implicaciones con torturas, asesinatos y represión. Pero las espectaculares olas de violencia y brutalidad en nombre de Dios que todavía asolan nuestra sociedad no son las únicas manifestaciones de la cara antisocial de la religión. La segregación en la educación e incluso en la residencia sigue vigente en países supuestamente civilizados como Irlanda del Norte y Chipre. Incluso entre sus propios seguidores, las organizaciones religiosas exaltan a menudo los prejuicios, ya sea contra las mujeres, las minorías raciales, los homosexuales o cualquiera a quien sus líderes hayan decidido calificar de ser inferior. La situación de las mujeres en el Islam y en la Iglesia Católica o la de los negros en la Iglesia de Sudáfrica son una clara muestra de ello. Aunque muchas personas se escandalizarían si se calificara a su propia religión de viciosa o intolerante, estarían rápidamente de acuerdo en que las otras religiones del mundo tienen mucho de que responder.

Esta triste historia de intolerancia parece ser un resultado inevitable de la institucionalización y constitucionalización de las organizaciones religiosas y ha inspirado un enorme descontento contra las religiones establecidas en el mundo occidental”.

“Olas de violencia”, como las llama Paul Davies, fueron las ocho Cruzadas que se promovieron en un periodo de doscientos años con la excusa de recuperar los “santos lugares” y que se cobraron la vida de miles de personas; las matanzas de los

grupos cátaros del sur de Francia por el simple hecho de predicar la salvación mediante el ascetismo y el rechazo del mundo, al que consideraban obra del diablo; las cacerías de supuestas “brujas” acusadas de provocar desastres naturales en connivencia con el demonio; la Inquisición que persiguió a todo aquel que no estaba de acuerdo con la ortodoxia de la Iglesia, hasta la tortura y ejecución violenta; las Guerras de Religión entre católicos y protestantes que asolaron Europa (con el precedente de la matanza de campesinos y anabaptistas, una carnicería aprobada tanto por el Papa como por Lutero); las razzias y batallas que Mahoma protagonizó en vida (o el genocidio de judíos en Medina, donde ordenó cortar la cabeza a casi un millar de hombres y vender como esclavos a las mujeres y los niños) para escarmentar a los infieles e imponerse a las otras tribus; las guerras de expansión del Islam, que llegó a dominar desde el estrecho de Gibraltar hasta el actual Irán; el movimiento islamista antioccidental que provocó el desastre humano de las Torres Gemelas y los incontables homicidios de los suicidas entre la población inocente de Irak y Afganistán, siempre guiados por la idea del martirio que los llevará a un paraíso extraordinario; los ataques recientes a cristianos en Nigeria o en Egipto por parte de musulmanes... Y eso sin contar las espeluznantes matanzas de jóvenes sacrificados a los dioses en algunas religiones americanas antiguas, como ocurría entre los aztecas y los mayas (tampoco faltan esos sacrificios en la misma Biblia hebrea).

Esta gigantesca montaña de sufrimiento provocado por las religiones, este desprecio por la dignidad de las personas y por la vida humana, son elementos suficientes para desautorizarlas, pero hay otras razones para que una sociedad laica se decida a ponerlas en su sitio de una vez por todas.

3.

INMORALIDAD y VIOLENCIA de las TRADICIONES RELIGIOSAS

Presentarse ante la opinión pública como las guardianas de la moralidad, algo que hacen todos los días la mayoría de las religiones, es un acto de hipocresía que debería ser denunciado a voces.

Acabo de recordar en el capítulo anterior la conducta criminal de muchos creyentes, sin distinción de credos, empujados por sus creencias religiosas, unas creencias que, fundamentalmente, se encuentran en unas Escrituras consideradas sagradas, y que contienen algunos sucesos y requerimientos carentes de la ética más elemental.

En la Tanaj hebrea hay numerosos ejemplos. Véanse algunos.

En la conquista del reino de Sijón, cuenta Moisés:

-Yahvé nuestro dios nos lo entregó y le derrotamos a él, a sus hijos y a todo su pueblo. Nos apoderamos de todas sus ciudades y las consagramos al anatema con hombres, mujeres y niños, sin dejar superviviente. (Deuteronomio 2, 33-34).

-Yahvé entregó en nuestras manos también a Og, rey de Basán, con todo su pueblo. Le batimos hasta no dejarle ni un superviviente. Luego nos apoderamos de todas sus ciudades... Las consagramos al anatema, como habíamos hecho con Sijón: anatema a toda la ciudad, hombres, mujeres y niños" (Deuteronomio 3, 3-6).

Otro tanto ocurrió con la ciudad de Maqedá y con el rey Amalec:

-El mismo día, Josué tomó a Maqedá y la pasó a filo de espada, a ella y a su rey: los consagró al anatema con todos los seres vivientes que había en ella. (Josué 10, 28).

-Dijo Samuel a Saúl: Esto dice Yahvé Sebaot: He decidido castigar lo que Amalec hizo a Israel... Ahora vete y castiga a Amalec, consagrándolo al anatema con todo cuanto posee, no tengas compasión de él, mata hombres y mujeres, niños y lactantes, bueyes y ovejas, camellos y asnos. (1 Samuel 15, 1-3).

-Consagraron al anatema todo lo que había en la ciudad, hombre y mujeres, jóvenes y viejos, bueyes, ovejas y asnos, a filo de espada. (Josué 6, 21).

El Nuevo Testamento nos sorprende con las exigencias y amenazas de Jesús.

Lucas 12, 51-53: ¿Pensáis que he venido para dar paz a la tierra? No, os lo aseguro, sino división. Porque desde ahora habrá cinco en una casa y estarán divididos; tres contra dos y dos contra tres; estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra

Lucas 14, 25. Caminaba con él mucha gente, y volviéndose les dijo: 26 «Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío.

Mateo 11, 20-24: "Entonces se puso a maldecir a las ciudades en las que se había realizado la mayoría de sus milagros, porque no se habían convertido"

Marcos 16,16: El que crea y sea bautizado se salvará y el que no crea, se condenará

Lucas 13,1-5: Algunos le contaron lo de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de sus sacrificios. Les respondió:...**si no os convertís, pereceréis del mismo modo.**

En cuanto al Corán, tampoco puede considerarse como fundamento de una moral humana. El simple hecho de que su religión se extendiera en poco tiempo por tan vasto territorio como desde España hasta Irán al amparo de una conquista bélica, invalida a esta religión como fuente de moralidad.

Dios no ama a los infieles, dicen las azoras 30,45; 33,64, y les ha preparado fuego en el infierno donde estarán eternamente sin ningún amigo que les ayude (azora 33,65; 2,24, 257; 3,91, 4,140...) ¿Se imaginan a un fanático loco leyendo la azora 8,59 (¡Que no crean los infieles que van a escapar! ¡No podrán!), la 2,216 (Se os ha prescrito que combatáis, aunque os disguste) o la 9,111 (Dios ha comprado a los creyentes sus personas y su hacienda ofreciéndoles a cambio su Jardín. Combaten por Dios, matan o les matan)?

La azora 5,33 nos dice:

«La recompensa de quienes combaten a Dios y a su Enviado, y se esfuerzan en difundir por la Tierra la corrupción, consistirá en ser matados sin compasión o crucificados, o en el corte de sus manos y pies opuestos. O con la expulsión de la tierra que habitan. Esta será su recompensa en este mundo. En el otro, tendrán un tormento enorme».

No importa, para el Corán, que en Bangladesh, las inundaciones se llevasen la vida de cien mil personas y diez millones más se quedaran sin hogar en 1991, porque todas las desgracias vienen del mismo Dios y no cabe más que aceptarlas.

Empujados por sus creencias coránicas, los talibanes de Afganistán, como sabemos organizaron una guerra civil y acabaron imponiendo a la población una interpretación fundamentalista y fanáticamente patriarcal, que dejaba a las mujeres en un plano totalmente secundario en la vida social. En Sudán, los musulmanes del norte están cometiendo un verdadero genocidio con los cristianos y animistas del sur. A pesar de que, actualmente, se haya llegado al acuerdo de dividir el país, los ataques siguen poniendo en peligro las vidas de la gente no musulmana. En 1990, en Indonesia, bandas de jóvenes musulmanes masacraron a campesinos chinos de la forma más horrible...

La Biblia y el Corán han convertido a mucha gente, que podría ser emocionalmente inestable, en verdaderos asesinos. Los judíos, a partir del año 70 de nuestra era, cuando los romanos destruyeron Jerusalén y se extendieron por todo el mundo, se libraron durante siglos de esta influencia, pero puede explicarse porque no tenían más recurso que centrarse en la religiosidad sencilla e íntima de sus casi invisibles sinagogas y en sus propias casas. Pero bastó con la creación del Estado israelí para que se lanzaran a masacrar a los palestinos que tenían raíces seculares en aquellas tierras.

NOTA: Este apartado se expone con más detalle en el texto titulado “Violencia en la Biblia y el Corán”.

4.

OSCURANTISMO CIENTÍFICO

Las religiones no son solo ajenas a la ciencia (algunas personalidades religiosas, como los jesuitas, han hecho una buena aportación científica en algunas áreas), sino que se han opuesto a ella con todas sus fuerzas. En Internet, en el Circuito Científico Javier López Facal, el profesor de Investigación del CSIC resumía en pocas palabras la oposición de la Iglesia católica, o mejor, quizás, de algunas de sus figuras importantes, a los avances de la ciencia.

Anatemas cristianos e investigaciones biomédicas

...cuando el emperador Constantino promulgó el edicto de Milán por el que se permitía la actividad pública de los cristianos, sus líderes comenzaron inmediatamente a intervenir en la cosa pública y a ejercer su magisterio sobre todas las actividades de la vida, y de la muerte.

Una de las parcelas de magisterio preferente de la recién legalizada jerarquía eclesiástica fue la práctica y el estudio de la medicina. Ya san Gregorio de Nazianzo, contemporáneo del edicto de Milán, informó a sus fieles de que los dolores corporales están provocados por demonios y que, por lo tanto, los medicamentos resultan inútiles, ya que sólo la imposición de manos consagradas puede, eventualmente, curar.

Un poco después, san Ambrosio lo formuló con mayor claridad aún, al afirmar que los preceptos de la medicina son contrarios a la "ciencia celestial" y al poder de la plegaria. Algo más de un siglo más tarde, san Gregorio de Tours abogó por desconfiar de la medicina y confiar, en cambio, en la intercesión de los santos, con lo que se inició todo un tráfico de reli-

quias, utilizadas con fines curativos, que ha llegado hasta nuestros días: recuérdese cómo llevaron al lecho de muerte del Generalísimo, el brazo incorrupto de santa Teresa y cómo el arzobispo de Zaragoza le acercó el manto de la Virgen del Pilar a la Unidad de Cuidados Intensivos.

San Bernardo de Claraval, ya superado el primer milenio, advertía a sus monjes de que el buscar alivio a la enfermedad en la medicina, no estaba permitido ni por la religión, ni por la pureza de su orden religiosa. Bajo esta advertencia del santo fundador, subyacía también, probablemente, el hecho de que los mejores médicos de la época fueran judíos o musulmanes, a quienes se perseguía sañudamente, pero a los que recurrían habitualmente papas, emperadores, reyes y nobles cuando contraían alguna enfermedad, a pesar de que los concilios de Aviñón, Salamanca y otros foros autorizados habían prohibido taxativamente su consulta. El hecho de que estos infieles se atreviesen a practicar operaciones quirúrgicas, llevó al concilio de Le Mans, en 1248, y a otros posteriormente, a prohibir cualquier práctica similar.

A pesar de las acusaciones de brujería, cárceles y castigos que tuvieron que padecer personas como Arnau de Vilanova, Ramón Llull o Roger Bacon, en el siglo XIII, sus esfuerzos contribuyeron a mantener viva la curiosidad científica y, debido quizá a que estos estudiosos pertenecían a la orden franciscana, los dominicos prohibieron que entrasen en sus monasterios los tratados de medicina y que sus frailes participasen en el estudio de esta materia. Sólo el uso de la oración, de reliquias y de objetos bendecidos, podía utilizarse de manera legítima para curar las dolencias, creando así una cultura que ha llegado hasta nuestros días, como lo atestigua el mercado del agua milagrosa de Lourdes o de San Magí en Tarragona.

Ni que decir tiene que el estudio de la anatomía y la disección de cadáveres estuvieron absolutamente perseguidos, hasta el punto de que podían acarrear la muerte en la hoguera. En el

siglo XVI, tanto Paracelso como Vesalio se atrevieron a incumplir esta prohibición y, gracias a ellos, la anatomía se desarrolló de manera espectacular. Vesalio, concretamente, consiguió salvar su hermosísima *De humani corporis fabrica* porque se la dedicó al emperador Carlos V, persona entonces influyente.

Estos dos estudiosos demostraron, mediante la disección anatómica, que ni existía el huesecillo incorruptible a partir del cual se habría de producir la resurrección de los cuerpos, ni los varones tenían una costilla de menos en uno de los costados, de la que habría salido Eva.

El literalismo bíblico sufrió, así, un pequeño contratiempo, pero se acabaría recuperando sin mayores costes porque cuando, ya en el siglo XVIII, Jenner descubrió la vacuna antivariólica, el magisterio de las iglesias cristianas desplegó todo sus recursos para oponerse a la nueva práctica médica, hasta el extremo de que se creó una *Antivaccination Society* y se condenó a Jenner desde todos los púlpitos.

Lo malo para los detractores de esta nueva terapia es que salvaba a millones de personas, pero ni aun así la aceptaban: todavía ¡en 1885! se produjo un brote de viruela de enorme virulencia en Montreal; en los barrios protestantes se vacunó a la población, y el número de muertes fue muy escaso. En los barrios católicos, sus pastores prohibieron la vacunación, predicando que los fieles debían oponerse a ella, incluso con las armas en la mano. La mortandad fue brutal, pero desde los púlpitos se decía a los aterrorizados parroquianos que la causa de aquella mortalidad selectiva era el carnaval que habían celebrado el año anterior, ofendiendo al Señor con el pecado de la carne.

No menor oposición consiguió el descubrimiento de la anestesia, ya en el siglo XIX y, especialmente, su utilización en los partos. Se acusó a su descubridor, James Young Simpson, de incumplir el mandato divino de que las mujeres parieran con

dolor y de tratar de eliminar el dolor, consustancial al ser humano. El bueno de Simpson entró en el debate, con la ocurrencia de que en la primera operación quirúrgica de la humanidad, a saber, aquella en la que Dios le extrajo a Adán una costilla para crear a Eva, utilizó anestesia, puesto que el Génesis dice que previamente lo había dormido.

La actual oposición de la Iglesia a, por ejemplo, la investigación con células madre tiene, pues, ilustres precedentes. De lo que no parecen existir precedentes, es que la Iglesia haya hecho autocrítica o haya pedido perdón por haber obstruido, siglo tras siglo, la investigación biomédica o la práctica clínica.

5.

Los ABSURDOS de las CREENCIAS RELIGIOSAS

Absurdo: Descabellado, insensato, ilógico, opuesto a la razón y al sentido común.

A la luz de esta antorcha se fueron disipando poco a poco los seres monstruosos, los errores groseros y las fábulas ABSURDAS que había forjado el interés combinado con la ignorancia...

JOVELLANOS.

Considero absurdo o irracional todo relato que no se corresponde con lo que sucede en la vida real, es decir, son situaciones imposibles, y la única forma de explicarlas es reconociendo que se trata de un recurso literario, algo que me atrevería a llamar ciencia-ficción religiosa.

Los ejemplos son interminables: Caín se casa cuando en el mundo no había nadie fuera de su familia. Una mujer se convierte en una estatua de sal. Vean de lo que es capaz el cayado milagroso de

Moisés: se convierte en serpiente, hace que caigan rayos y centellas del cielo, abre en canal el mar, hace brotar agua de una roca. Dios escribe de su propia mano la Ley en unas tablas de piedra. Habla y habla durante páginas y páginas dando órdenes muy minu-

ciosas acerca de cómo quiere que le den culto o ensalzándose a sí mismo. Una serpiente de bronce cura a cientos de personas. Un demonio coge a Jesús, literalmente, y se lo lleva volando por el aire.

Hay embarazos milagrosos, apariciones de criaturas fantásticas, como ángeles, demonios, santos o difuntos, animales que hablan, gente que resucita, mares que se abren, astros que se detienen, personas que suben hacia las nubes en un carruaje, en un caballo o por sus propios medios, paraísos con muchachas bellísimas de grandes ojos y de recatado mirar, que no han sido tocadas ni por hombre ni por genios. Los salvados se sentarán en asientos alineados. Habrá dos jardines frondosos con dos fuentes manando, dos especies de cada fruta, estarán reclinados en alfombras forradas de brocado con cojines verdes y bellas alfombras.

El Corán estaba ya en el Cielo de Alá antes de que naciera Mahoma. Tres mil ángeles bajan del cielo para ayudar al ejército del líder musulmán a vencer a sus enemigos en una de sus batallas.

Y un larguísimo etcétera en el que deberíamos colocar los numerosos mitos de todas las religiones, bellísimas historias con las que, en su ignorancia, pretendían explicar el origen de todas las cosas: desde la creación del universo y de la vida hasta los utensilios caseros, las herramientas y las ceremonias.

Sin recurrir a las extravagantes historias de las religiones politeístas, hay que reconocer que las israelitas, las cristianas y las musulmanas no dejan de ser grotescas y risibles. En la declaración con la que comencé este escrito, manifesté mi natural respeto por todos los creyentes, pero no dije que respetara, de igual modo, sus creencias. Puedo respetar a los creyentes en el sentido de que jamás se me ocurriría hacerles daño por causa de esas creencias, incluso acudiría a su lado si estuvieran en un apuro y mi ayuda pudiera servirles de algo. Son mis congéneres, mis hermanos. Pero sus creencias, además de irracionales y en multitud de ocasiones inmorales, también son peligrosas, como decía Richard Dawkins:

“Muchos de nosotros veíamos a la religión como una tontería inofensiva. Puede que las creencias carezcan de

toda evidencia pero, pensábamos, si la gente necesitaba un consuelo en el que apoyarse, ¿dónde está el daño? El 11 de septiembre lo cambió todo. La fe revelada no es una tontería inofensiva, puede ser una tontería letalmente peligrosa. Peligrosa porque le da a la gente una confianza firme en su propia rectitud. Peligrosa porque les da el falso coraje de matarse a sí mismos, lo que automáticamente elimina las barreras normales para matar a otros. Peligrosa porque les inculca enemistad a otras personas etiquetadas únicamente por una diferencia en tradiciones heredadas. Y peligrosas porque todos hemos adquirido un extraño respeto que protege con exclusividad a la religión de la crítica normal”.

EPÍLOGO

Cada vez que hablamos, y en casi todas las ocasiones, estamos afirmando algo. Las afirmaciones pueden referirse a un estado de ánimo personal e íntimo, pero también, y mayoritariamente, a un objeto o una circunstancia que está fuera de nosotros. Lo que cada uno piense de esos objetos o circunstancias puede estar en consonancia, o no, con lo que realmente hay ahí fuera. Mientras esos pensamientos permanezcan en nuestro cerebro, no habrá ningún problema, pero en el momento en que los comunicamos, se hace patente, para el que oye, la necesidad de saber si se adecuan a lo que realmente está dentro o fuera del que habla. Y en este sentido nos encontramos, con harta frecuencia, con afirmaciones que no cumplen esa condición. Es claro que cuando nos hablan de algo que, dicen, sucede, o ha sucedido en nuestra intimidad psicológica (la visión de un ser que no es de este mundo, por ejemplo) no estamos en condiciones de reconocer si esas afirmaciones se corresponden con la realidad o han aparecido ahí por un malentendido, una ignorancia o una alucinación. Pero cuando se afirma algo relacionado con el mundo exterior a nosotros, tenemos la posibilidad de comprobar personalmente si existe esa adecuación de que hablamos o no.

En cuanto a las creencias religiosas, podemos concluir que ninguna de ellas cumple con este requisito, es decir, se trata de *afirmaciones sin fundamento*, una forma de lenguaje cuyo contenido no se puede corroborar porque, como la misma expresión lo dice, carece de base que lo sustente, no está respaldado ni avalado por ningún dato al que podamos acceder. También se les puede llamar *afirmaciones gratuitas*. Por ejemplo, *Dios existe* es una afirmación del mismo estilo que *Los elfos existen*. Y si tomamos esas creencias, las de todas las religiones, una por una, nos encontramos en idéntico caso.

Algunos ejemplos de afirmaciones sin fundamento en las religiones monoteístas:

Alá reveló el Corán a Mahoma.

Yahvé entregó a Moisés las tablas de la Ley.

Habrá un Juicio Final para toda la humanidad.

El demonio nos ha hecho creer que no existe.

Jesucristo dio su vida para que Dios perdonara nuestros pecados.

Los ángeles custodios velan por nosotros.

Al final del tiempo, habrá una resurrección general.

Dios ha creado a los humanos del barro de la tierra; y le ha añadido

una gota de esperma.

Dios se ha hecho carne.

Tenemos un alma que seguirá viviendo tras la muerte del cuerpo.

Los incrédulos sufrirán un tormento eterno...

El problema que sigue sin resolverse es: ¿qué mecanismo psicológico permite asentir a esas afirmaciones dejando a un lado la necesidad de comprobación? Un problema que se presenta también ante aquellas afirmaciones que nos dicen cómo es, qué piensa, qué quiere de nosotros la divinidad. Y ante una interminable serie de creencias no “oficiales” que han surgido al calor de la religiosidad popular, como el viaje aéreo de María desde Palestina a Zaragoza, o el traslado de los restos del apóstol Santiago a Galicia, o las apariciones marianas en tantos países cristianos, los contubernios místicos (también entre musulmanes, judíos e hindúes), los contactos con las almas de

los difuntos, las apariciones de algunos demonios y santos, etc.

Solo es posible constatar un hecho: Los humanos somos propensos a “creer”, y de un modo especial cuando se trata de lo sobrenatural, lo que está fuera, más allá de nuestro mundo. Alguien ha dicho que es precisamente la fascinación de lo distinto, lo superior, lo misterioso, lo que ciega la razón para dejar en libertad las imaginaciones más descabelladas. Puede ser. Por fortuna, no afecta a todo el mundo con la misma intensidad como para quedarse ciegos. Pero disponemos de otra posible explicación, que no tiene por qué ser alternativa, sino complementaria: Apenas nacemos, estamos acumulando y procesando multitud de información que proviene de nuestro entorno, un proceso totalmente *natural*. Las creencias religiosas llegan a nosotros a edad muy temprana como cualquier otra información, es decir, *como lo más natural del mundo*, como nos llega el alimento, la ropa que llevamos, el calor del hogar, el cariño de quienes te cuidan... Es decir, algo que no es de este mundo (eso significa “sobrenatural”) se nos presenta, nos lo presentan, como si fuese de este mundo. Más aún: Las personas que nos transmiten esas creencias son las mismas que nos cuidan y nos muestran su cariño, aquellas en las que confiamos ciegamente por imperativo biológico. De este modo, el carácter irracional de lo sobrenatural queda tan enmascarado que desaparece toda posible oposición.

De todas formas, las creencias en mundos superiores podrían haber sido, exclusivamente,

- a)** el apoyo psicológico que necesitan millones de personas ante la muerte de sus seres queridos, pues la idea de que siguen viviendo, aunque sean de un modo diferente que nadie se atreve a analizar, no deja de ser un consuelo.
- b)** También podría ser, esa idea de otra vida, una forma de superar las incomodidades de una vida natural en una socie-

dad llena de inquietudes, frustraciones, fracasos, enfermedades y problemas de toda índole. Más allá, todo habrá terminado, por fin, y una vida llena de plenitud será una compensación adecuada.

c) Las creencias religiosas podrían haber sido, además de todo eso, una respuesta a nuestra necesidad de darle sentido a todo lo que nos rodea.

d) Un mundo superior dirigido por una divinidad todopoderosa y benévola es también una respuesta a nuestra necesidad de protección, aquella que experimentamos todos cuando fuimos unos infantes sin capacidad alguna para movernos sin ayuda.

e) La religión puede ser, y creo que lo es de hecho, un acicate para que la buena gente se tome en serio su solidaridad natural.

Todo esto podrían haber sido las creencias en mundos superiores y hubiera resultado comprensible, ya que se trata de situaciones que no suponen ningún peligro para nadie. Pero no, se han empeñado en dirigir nuestros pensamientos individuales y nuestra conducta social, quieren ser los testigos de esa divinidad de la que no tenemos ninguna prueba, pretenden que nos gobernemos a golpes de esas Escrituras que contienen absurdas, bárbaras y peligrosas tradiciones y se dedican a reprobar y amenazar con castigos apocalípticos a todo aquel que no está de acuerdo con sus planteamientos.

Ya es hora de que los Estados tomen medidas para que las religiones se limiten a los puntos que acabo de enumerar arriba y no se les permita entrometerse en las actividades humanas según el principio de que *No hay ninguna razón para que el Estado facilite la existencia y propagación de esa clase de creencias* (Otra cosa es que se ayude a esas instituciones, como se hace con las ONG, en su labor asistencial, una ayuda que debe estar supervisada por el Estado en cualquier caso, y que acabaría desde el momento en que ese Estado estuviese

en condiciones de hacerse cargo de solucionar los problemas de los ciudadanos más desfavorecidos, como hace cuando ocurre algún desastre natural).

- De ese mismo principio se deduce que el Estado debe dejar muy clara su separación total, sin ambigüedades, de las confesiones religiosas, lo que lleva implícito el rechazo a su intervención en lo público.

Por lo tanto:

- Las creencias religiosas no deben formar parte de los planes de enseñanza públicos, a todos los niveles, nada más que como fenómeno histórico, sociológico o antropológico (Cuidado con el diseño inteligente, que no se presenta como idea religiosa). Los “profesores de religión”, por lo tanto, no tienen cabida.

- Ningún símbolo religioso (ni capillas, oratorios, o cualquier lugar de culto; tampoco en donde los políticos hacen sus juramentos) se permitirá en las instituciones públicas: escuelas, hospitales, judicatura, universidades, centros de salud, ayuntamientos, autonomías, etc.

- La enseñanza privada no gozará de ningún concierto económico que suponga un privilegio para el empresario, los profesores o los alumnos. Y conceder una ayuda supone que esos centros concertados deberán asumir los planes de estudio estatales, los mismos parámetros pedagógicos que funcionan en el sector público y considerar la enseñanza religiosa particular del centro como una actividad ajena a los planes de estudio.

- La asistencia a creyentes en el ejército, cárceles y hospitales debe ser costeada por la institución religiosa que la desee.

- Las instituciones religiosas deben hacerse cargo de su propio mantenimiento, tanto en lo que se refiere a las personas como a los edificios dedicados al culto.

- Las autoridades públicas, a todos los niveles, incluido el rey, no presidirán ni acompañarán los eventos religiosos, incluidas las funerales por ciudadanos destacados, más que a título particular, sin nada que los identifique.

- El Estado, en virtud de la obligación que tiene de velar por los ciudadanos, dispondrá de los medios necesarios para inspeccionar las actividades religiosas, especialmente cuando se trata de sectas de dudoso origen y comportamiento.

- Las religiones vienen obligadas a contribuir a las arcas del Estado como cualquier particular o entidad civil. A este respecto, estarán obligadas a declarar todos sus bienes que pueden ser gravados.

- Las confesiones religiosas podrán oponerse a las normas y leyes aprobadas en el parlamento apelando a la ética humana, la ciencia, el derecho o la Constitución, pero nunca podrán apoyarse en sus propias creencias, que tienen un origen tan humano como las decisiones políticas.

- Los padres que deseen una educación religiosa para sus hijos disponen de tres cauces complementarios: las escuelas privadas, la catequesis parroquial y la propia familia. Con ello queda cubierto el deseo de los padres y, por lo tanto, no podrán exigir esas actividades en las escuelas públicas.

Y para terminar:

He mostrado que las creencias religiosas son fantásticas e irracionales. Hemos constatado que esconden una peligrosidad potencial que se ha mostrado en demasiadas ocasiones dando origen a un extraordinario sufrimiento humano que podría haberse evitado.

He señalado por qué las Escrituras carecen de autoridad moral. Y cómo se debe a la decisión puramente humana de determinadas personas el hecho de que se las considere sagradas.

Mi conclusión, realmente irrefutable, es que, aparte el hecho de que no tenemos ninguna seguridad de la existencia de un ser sobrenatural, lo que bastaría para desautorizar las religiones, *todo lo que nos han dicho acerca de Dios proviene de otros seres humanos: familiares, profesores, catequistas, teólogos, jerarquías religiosas, etc., y los personajes que se consideran fundadores de religiones (Moisés, Jesús, Mahoma), que también eran puros seres humanos.*

(Se dice que esos fundadores fueron elegidos por la divinidad, pero se trata de una afirmación imposible de verificar y que procede, también, de seres humanos. No hay escapatoria. Los creyentes no creen en Dios, sino en las personas que hablan de Él).

Carlos Saura Garre,
Maestro de Escuela
carlosaura06@gmail.com

---o0o---